

## Teología de san Pablo. La cruda realidad del pecado

Pablo fue el primero en esbozar una visión cristianizada del pecado. Ahora bien, al hacerlo, no pudo por menos de inspirarse en los módulos semitas de expresión. Y, ¿cómo olvidar que la tradición israelita responsabilizaba al pecado de cuantos desórdenes alejan al hombre de Dios? (Ex 15,5; 22,23; 32, 10; Sal 69,29...). Por otra parte, es sabido que el judaísmo, al elaborar su doctrina sobre el pecado, se aferró a un lenguaje mítico que sin duda compartían las grandes religiones de la antigüedad. Su más lograda expresión se halla en los relatos del Génesis (3, 1-24), donde se explica cómo se adentró en el mundo.

Lógico es, pues, que el apóstol se halle mediatizado, al respecto, por el sentir de la tradición bíblica, cuya fascinación por lo mítico hoy nadie osa cuestionar. Por eso solo se familiarizará con la doctrina paulina quien la encuadre en un marco bíblico. El apóstol, semita a carta cabal, evita las especulaciones abstractas. Conviene recordar, al respecto, que los semitas no tenían desarrollado el sentido de la abstracción. Ello explica que el apóstol, al bucear en el pecado, arranque siempre de lo concreto. ¿Cómo? Fijándose en su experiencia personal.

Esta le acredita que, en su interior, confluyen dos fuerzas: una que lo impulsa hacia el bien y otra que lo impulsa hacia el mal. La primera viene entendida como oferta divina. Pero ¿y la segunda? Ahí es donde radica el problema. De hecho ¿cómo pensar que Dios induzca al mal? Tal supuesto repugna a cualquier creyente. Es preciso buscarle, pues, otra explicación. Al hacerlo, Pablo se topa con el pecado. Este viene entendido como el inspirador de cuantos actos o actitudes apartan al hombre de su relación con Dios. ¿Cómo lo sabe el apóstol? ¡Analizándose a sí mismo! Quien -imitándolo- haga lo propio, poco tardará en constatar que una fuerza interior lo impulsa a comportarse mal, aunque a él le encantaría actuar siempre bien. Puede pensarse que algo así le ocurrió al apóstol.

Y no solo esto. Partiendo de su experiencia individual, lanzó una mirada hacia el resto de los humanos, percatándose de inmediato que todos sus coetáneos compartían su mismo problema. Más aún: hurgando en la historia de la humanidad, le quedaba claro que exactamente igual les había ocurrido desde los orígenes al resto de los mortales. Y es que, en realidad, presente y pasado -en lo que concierne a la presencia del pecado- forman un bloque compacto del que ninguna persona se puede desconectar (salvo Jesús, por ser quien es y María, por privilegio divino). Ello invita a apostar por la universidad de esta angustiada situación.

Ahora bien, si en verdad todos compartimos el pecado, ¿resulta imposible ahuyentarlo? Como es obvio, Pablo jamás suscribiría tal supuesto. Más bien se apresta a ofrecer a sus comunidades pistas para conseguirlo. Y, en este punto, apela de nuevo a su propia existencia. Ella le marca el camino a seguir para alejarse del pecado. Sin embargo, al traducir en doctrinas sus vivencias, se ve obligado a infundirles un mínimo de coherencia. Sin ella, ¿qué ayuda brindaría al resto de los creyentes? Mas, por otra parte, ¿acaso cada persona no es distinta de las demás? Bien lo sabía el apóstol. Por eso, al formular su doctrina, la cimentó sobre criterios que resultaran válidos para toda la humanidad.

Una vez aceptado que todas las personas acusan sus envites, para afrontar con solvencia el pecado, se han de buscar fórmulas de alcance universal. ¿Dónde hallarlas? Pablo, consciente del problema, acude a la tradición bíblica en busca de luz y esta lo invita a constatar que, desde los orígenes, la humanidad ansía liberarse de rémora tan lacerante. Ahora bien, para solucionar un problema, antes ha de ahondarse en su raíz. Esto, aplicado al tema en cuestión, sugiere que solo se podrá expulsar el pecado del mundo si antes se precisa cómo consiguió adentrarse en él. En otras palabras, sin detectar su origen, mal podrá planificarse su fin.

Ello explica que el tema deba desglosarse en los tres siguientes puntos interrelacionados:

1. Origen del pecado
2. Vivencia del pecado
3. Liberación del pecado

El esquema, de acuerdo con la teología paulina, no puede ser más simple: para liberarse del pecado, es preciso determinar antes cómo lo va viviendo cada individuo desde que los seres humanos comenzaron a actuar como tales. Cuestionémonos, pues, ante todo cuál pudo haber sido su origen.

### **1. ORIGEN DEL PECADO**

La tradición cristiana -a partir de san Agustín- centra su interés en un presunto “pecado original”. ¿Qué decir? Tal terminología es del todo ajena al pensamiento paulino. Este invita más bien a hurgar en el “origen del pecado”. Y es que, solo amarrándolo en su raíz, se lo podrá extirpar. Esta visión ayuda a alejarse del trauma. ¿Podemos, de hecho, no celebrarla como un logro cuantos pagamos tributo a los traumas? Quien se limita a entender el pecado como un simple legado de Adán, no se evade con ello de su propia tragedia. Por otra parte, ¿cómo admitir hoy que todo el drama de la humanidad se deba a la simple transgresión de un individuo primigenio, cuya existencia histórica cuestionan tanto los científicos como los antropólogos? Ciertamente que el magisterio eclesial, en el concilio de Trento, vertió tal doctrina en un dogma. Mas, ¿cómo olvidar que quienes participaban en él creían a pies juntillas que todo lo consignado en Génesis 3 debía entenderse al pie de la letra? Hoy en cambio se aceptan como míticos esos relatos.

No creo osado suponer que los padres conciliares de Trento, al poner en pie la doctrina del pecado, tropezaron con el mismo escollo que Pablo: aceptar como históricos los relatos de Génesis 3. Pero, unos y otros, ¿acaso pudieron evitarlo? A la sazón primaba, a nivel de humanidad, una visión mítica del cosmos, cuyo origen se asignaba sin más a Dios. Ello invita a ser hoy comprensivos con su cosmovisión, procediendo con mucho tiento a la hora de desmitificarla. Sin embargo, forzoso es admitir que el hombre de hoy se halla inmerso en un mundo cada vez menos proclive a pactar con los mitologemas de antaño.

No debe olvidarse, por otra parte, que la doctrina paulina sobre el origen del pecado es la primera que se gestó dentro del cristianismo. Se explica, por tanto, que le falte sistematización. El apóstol se limita a ofrecer los retazos necesarios para tranquilizar a sus comunidades y adentrarlas con pie firme en el futuro. Sería, en consecuencia, absurdo exigirle una doctrina sistemática y estructurada sobre el pecado y su origen. No es tal su estilo.

Ello no impide, sin embargo, partir de determinados textos paulinos para clarificar tal temática de este pasaje. La crítica lleva, al respecto, varios siglos: Rom 5, 12-19. Se supone que esta ofrece las pistas para comprender -según el sentir del apóstol- cómo se adentró el pecado en la humanidad. Ello exige ante todo conjugar los tres conceptos siguientes: Adán -hombre- mundo.

### 1.1. *La aportación de Adán*

El apóstol parte del supuesto que el pecado se introdujo en el mundo a causa de la transgresión de Adán (Rom 5, 12). Engarza así con las tradiciones rabínicas que, en sus años de estudiante, sin duda conocería muy bien (4Esd 3, 7; 7, 11). Introduce, sin embargo, un matiz novedoso. En su opinión, Adán no ha de verse como el forjador del pecado. Este ha de suponerse más bien ubicado fuera del mundo. Y, a raíz de lo ocurrido con el primer hombre, consiguió adentrarse en él. Oigamos al propio apóstol: "Por un solo hombre (Adán) el pecado *entró* en el mundo" (Rom 5, 12). Se trataría, por tanto, de un poder personificado que, aun estando fuera del cosmos, en base a lo acontecido en el paraíso, consiguió penetrar en él. Y una vez dentro, ¿cómo echarlo fuera?

Pablo acepta, por supuesto, como histórica la formulación de Génesis 3, la cual -hoy lo sabemos- se halla jalonada de mitos. Sin embargo, no por ello queda desvirtuado su contenido religioso. Este sugiere que la presencia del pecado se debe a una libre decisión del hombre que -allá en los albores de la humanidad- no acató el programa divino. Su libertad le otorgaba obviamente el derecho de rechazarlo. Pero, aun con ello, su condición de creatura le impidió lograr su plena autonomía. Para eso hubiera tenido que situarse antes en el plano divino. Y ello le resultaba imposible.

Desde el momento en que Adán rechazó el designio de Dios, ¿quién iba a cuidar de él? Solo no podía valerse, debido a su condición de creatura. Y con Dios tampoco podía contar, ya que él lo había rechazado. ¿Cuál podría ser, pues, su sino? Le quedaba una doble alternativa: desintegrarse o buscar un nuevo tutor. Puesto que -así lo atestigua la historia- lo primero no ocurrió, por fuerza debió quedar sometido a algún poder superior. El relato del Génesis asigna nombre a tal poder: ¡pecado! Pues bien, con ese enfoque sintoniza el apóstol. Solo que, en su opinión, ese poder (¿anti Dios?) se encontraba *fuera* del mundo. Habría sido Adán quien, al rebelarse contra el designio divino, lo adentró en él. Y -lo repito-, una vez dentro, ¿cómo echarlo fuera?

Hoy la reflexión teológica, aceptando los postulados evolucionistas, priva de carácter histórico a Adán. Niega, en efecto, que todos los seres humanos arranquemos de una única pareja primigenia. La ciencia ha demostrado que el hombre -como especie concreta dentro del reino animal- procede de seres inferiores, en base a un proceso evolutivo que por fuerza debió ir de menos a más. Así pues, en los orígenes debe situarse a una multitud de seres que, de forma paulatina, fue despertando a la racionalidad. Y tal multitud recibe el nombre genérico de "hombre".

¡Qué claro lo vemos hoy! No obstante, el apóstol se expresa con categorías del todo distintas. Y es lógico, pues da por incuestionable la existencia histórica de Adán. Y a él asigna la instauración de un régimen, a nivel de humanidad, donde el nuevo poder (pecado) priva a Dios de su hegemonía sobre los hombres. El pecado impone su ley en el mundo, tan pronto como los humanos apuestan por no acatar las órdenes de Dios. Tal planteamiento engarza con el enfoque del mito bíblico (Gn 3, 17-19). Sin embargo, el apóstol introduce una sugerencia personal de sumo interés: el pecado instaura en el

mundo un régimen de muerte (Rom 5, 12). Esta debe imputarse, pues, no al diablo -así lo sugería la tradición judía (Sab 2, 24)- sino al comportamiento del propio hombre.

Pablo, al hurgar en la génesis del pecado, no se limita a lamentar la osadía de Adán. Es cierto que lo responsabiliza de cuanto se supone ocurrido en los orígenes. Sin embargo, sus estragos no pueden por menos de involucrar al resto de los mortales. A su juicio, en el gran drama humano, todos somos actores y no simples espectadores. ¿Por qué no analizar, por tanto, el aporte de cada persona en la génesis y transmisión de ese poder nefasto al que todos inexorablemente pagamos tributo?

### 1.2. *La aportación del hombre*

En opinión del apóstol, todo individuo se solidariza personalmente con Adán (Rom 3, 23). Siendo así, cabe preguntar: ¿qué aporta, en realidad, cada persona en la entronización de tan caótico poder? La respuesta viene dada en el texto antes citado: "... en quien (*eph'ho*) todos pecaron" (Rom 5, 12d). Así se ha traducido de hecho la controvertida expresión, expandiendo la creencia de que todos hemos pecado *en* Adán. Ahora bien, esto ¿cómo se puede entender? La tradición cristiana ha esbozado, al respecto, un sinfín de hipótesis explicativas que en el fondo distan mucho de convencer. ¿Cómo aceptar, en efecto, que yo pueda haber hecho algo *en* alguien que -para más inri- posiblemente no haya existido jamás?

Hoy se buscan nuevas explicaciones a esta desconcertante expresión paulina (*eph'ho*), cuya dificultad se acrecienta aún más al no aparecer en ningún otro texto bíblico. Dejando a un lado las disquisiciones especulativas, transcribo el texto paulino tal como considero que debe ser entendido: "Puesto que (*eph'ho*) todos los individuos pecan (dato de experiencia), se comprende que por un solo individuo - Adán- entrara el pecado en el mundo" (dato de fe).

Así pues, no es que todos pequemos *en* Adán. Más bien debería decirse que el pecado ha de hacerse extensivo hasta él, ya que solo así se explica que *todos* lo compartamos. La supuesta actuación de Adán queda convertida en referente de una realidad sangrante: ¡*todos* transpiramos pecado! Y es que este no cesa de gestarse conforme se desarrolla la historia humana. Cada individuo va, en efecto, encarnando ese mismo pecado que el mito bíblico conecta con la transgresión paradisiaca de Adán. Y este ¿quién es realmente? Hoy se tiende a suscribir que todos *somos* Adán. O, dicho de otra forma, él se va encarnando en cuantos configuramos la andadura humana. Por eso la teología actual invita a ver compartido por cada individuo ese poder nefasto que Pablo (arropándose en el mito) supone adentrado en el mundo por la osadía del primer hombre.

Siendo así, el mundo entero ha de aceptarse como empecatado. Y eso, ¿cómo se debe entender? Tal será lo que trataré de explicar a continuación.

### 1.3. *La aportación del mundo*

Las teorías más recientes sobre la temática en cuestión invitan a pensar en un "pecado del mundo". Tal enfoque -aunque muchos lo cuestionen- me parece válido para traducir la doctrina paulina a las categorías de hoy. No en vano identifica al pecado con un poder caótico que se introduce en el mundo, llamado a regirse por las pautas de su creador. Así pues, del mismo modo que el mundo ha de verse



como *endiosado* por el hecho de haber sido creado por Dios, también debe verse como *empecatado* tras quedar sumido en el caos.

Para clarificar este punto, me parece oportuno servirme de un símil. Este me invita a imaginar que Dios -al crear al hombre- lo colocó en una hermosa isla donde la ausencia total de tinieblas hacía que en ella primase por entero la luz. Tras dotarlo de libertad, le dijo: "Puedes hacer cuanto te venga en gana, salvo desconectar la llave de la luz". Y ¿qué ocurrió? Una voz interior (serpiente/tentación) comenzó a machacarle los oídos, garantizándole que, en caso de eliminar la luz, se situaría en el plano divino. Pues bien, el hombre (varón + mujer), por estar dotado de libertad, podía desconectar la llave de la luz. Y lo hizo sin el menor problema. Mas, tan pronto como se quedó a oscuras, constató cuán mal se sentía así. Era, por tanto, lógico que pusiera todo su empeño en recobrar aquella luz perdida. Mas todos sus desvelos resultaron vanos, ya que para conectar de nuevo la llave precisaba esa luz de la que él previamente había decidido prescindir.

En este símil, ¿dónde situar el pecado? Muy sencillo: en la tiniebla que se adueñó de la isla (mundo) tan pronto como esta se quedó sin luz. Sí, esa tiniebla es el pecado. Así se explica, en realidad, que el mundo entero se halle bajo un régimen de oscuridad. Esta no solo se introdujo en el interior del hombre, sino también en todo su hábitat existencial. De ello se infiere que, al respirar, al actuar o al tomar cualquier opción, todo lo haga envuelto inexorablemente en un ámbito tenebroso. Y donde este impone su ley, aflora sin más el pecado. Más que ser cometido por nadie en particular, es compartido por cuantos habitamos en el mundo. Tal es el sentir del apóstol, quien lo identifica con ese poder caótico, asentado -por abrirle el hombre las puertas- en todo el cosmos. No es, pues, errado afirmar que el mundo entero quedó empecatado y así seguirá mientras no recobre esa luz que Dios le ofertó al crearlo.

Visto así, el pecado adquiere una nueva perspectiva. Vendría a ser como la fuente de energía negativa que rige los destinos del mundo desde que el hombre osara enfrentarse a Dios. Y tal enfrentamiento, ¿cuándo ocurrió? El mito bíblico tiene pronta la respuesta: en el paraíso terrenal. La teología, ¿qué dice al respecto? Consciente de que los orígenes de la humanidad se pierden en los arcanos del tiempo, renuncia a fijar un momento concreto. Se limita a consignar que el pecado se va afianzando en el mundo, conforme cuantos vivimos en él - ¡todos *somos* Adán! - seguimos dando la espalda a Dios.

Pablo llega a esta conclusión tras ahondar en su propia existencia. La sabe, en efecto, domeñada por una fuerza caótica que le impide actuar como a él le complacería (Rom 7, 16-17). Y, al lanzar una mirada hacia el resto de los humanos, ve que a todos les ocurre exactamente igual (Rom 3, 23). La humanidad entera comparte, en efecto, las secuelas de ese pecado que no cesa de tiranizar al mundo. Este, solo si se logra echarlo fuera, recobrará su perdida dignidad.

Así pues, nadie se libra de tan tiránico poder. ¿Quién lo adentró en el mundo? Adán. Pero este ¿quién es realmente? Hoy se tiende a identificarlo con cuantas personas vamos configurando, a lo largo de la historia, la andadura de la humanidad. Todos compartimos la tragedia que el mito bíblico ubica en el paraíso terrenal. Al desmitificar el relato genesiaco, se ve claro cómo la osadía de Adán se va haciendo carne propia en cada individuo. Por eso nuestras vidas lloran la ausencia de Dios. Y ello,

¿cómo se entiende? Muy sencillo: todos rendimos culto al egoísmo. Donde él impone su ley, no tiene acceso el amor. Y este ¿acaso no habla a gritos de la presencia divina (1Jn 4, 8)?

Se impone, por tanto, suscribir que el pecado se halla enraizado en el mundo. Y mientras siga ocurriendo así, nadie se verá libre de él. Esto es cierto. Mas, ¿cómo ahuyentarlo, siendo una realidad vivida? Es muy frecuente pensar que la persona va liberándose de él conforme menguan sus transgresiones. Mas tal supuesto quizá no sea del todo correcto. La auténtica liberación se rige por otros criterios.

## 2. VIVENCIA DEL PECADO

El pecado, como fuerza cósmica, mantendrá su ritmo mientras el hombre no logre alterarlo (Rom 8, 20-22). Y ello provoca en cada individuo un desajuste existencial. Ahora bien, ¿cómo pulsar tal desequilibrio? El apóstol, analizándose a sí mismo, tiene pronta la respuesta: ¡las obras! Sí, estas indican cómo se comporta cada persona ante las normas impuestas por Dios. Tal normativa puede descubrirse o bien en el orden creacional o bien en un sistema religioso concreto. Pablo, apelando a sus convicciones judaicas, sugiere que Dios la plasma en la Ley mosaica (Rom 7, 7-25). Esta se desglosa a su vez en una serie de preceptos cuya inobservancia permite pulsar la presencia del pecado. Es decir, al quebrantar la normativa divina, se acata la primacía de ese poder caótico, hecho presente en el mundo. Y es que, si jamás se transgrediera la Ley, ¿tendría sentido hablar de pecado? Este nos inquieta porque nuestras obras patentizan cuán sucio jugamos con Dios.

Tal supuesto nadie osaría cuestionarlo. ¿Cómo impugnar, en efecto, cuanto avala la propia experiencia? Es esta la que permite entender el pecado como un juego sucio con Dios, cuyos preceptos no cesamos de quebrantar. Se ve, por tanto, que nuestras transgresiones al orden creacional (bien) nos convierten en esclavos del caos existencial (mal).

Todo ello permite afirmar que la transgresión jamás debería identificarse con el pecado. Mientras la primera se traduce en actuaciones que quebrantan lo preceptuado por Dios, el segundo connota una actitud asentada en el plano de la vivencia. Y es esta actitud la que permite pulsar su poder caótico. Siendo así, ¿qué debe inquietar de verdad al hombre, saberse transgresor o saberse pecador? Quizás el problema no deba ceñirse a tal disyuntiva, pues, en realidad, lo que a todos nos inquieta es sabernos *culpables* ante Dios. Ni el pecado ni la trasgresión traumatizarían si no activaran en el hombre su conciencia de culpa. Mas esta, ¿con cuál de ambas realidades se debe conectar? En otras palabras: la culpabilidad, ¿es fruto del pecado o de la transgresión? Si fuéramos capaces de despejar esta incógnita... ¡cuánto alivio sentiríamos!

Tan cruda realidad puede plantearse desde la siguiente perspectiva: ¿Tenemos los individuos culpa de compartir esa situación de pecado que -tal como sugiere el apóstol- es patrimonio de la humanidad? ¿Dónde buscar las raíces de nuestra culpa? Porque todos compartimos un hondo sentimiento de culpabilidad. Y esto es lo que realmente nos quita la paz. No se me oculta que la tradición cristiana responsabiliza de ello al pecado. Pero ¿es realmente así? Acaso se dé por probado lo que debería probarse. Y las peticiones de principio pueden resultar nefastas si no se clarifican. En este caso, para conseguirlo, quizás se deberían fijar antes las lindes entre los conceptos siguientes: transgresión - pecado - culpa. Ello requiere revisar a fondo algunos planteamientos tradicionales, lo

cual no está exento de riesgo. Mas, por otra parte, sin riesgo no hay victoria. Hurguemos, pues, en los arcanos de las transgresiones que muchos, al confundirlas con el pecado, las consideran generadoras sin más de culpa. Tal encuadre acaso no sea del todo correcto.

### *2.1. Ser pecador: el peso de la limitación*

Todo individuo, al nacer, queda inmerso en un mundo que suspira por alcanzar su plenitud. Así lo sugiere al menos la teoría evolucionista, que hoy se acepta como del todo fiable. Ella supone que cada época ha de afrontar los condicionantes impuestos por el proceso evolutivo. Siendo tal, ¿no es absurdo pretender haber alcanzado ya la perfección final? ¡Cada época tiene sus límites! Este aserto, refrendado hoy por las leyes científicas, se vertía ayer en módulos míticos. Y, al hacerlo, la acendrada religiosidad de los antiguos sacralizaba, con la ayuda de los mitologemas, fenómenos o situaciones que hoy consideramos normales. Ello hizo que eventos provocados por la propia evolución (terremotos, borrascas...) se asociaran sin más con el pecado. Y así lo sigue haciendo el apóstol (Rom 8, 20-22).

Hoy vemos claro que el proceso de la evolución condiciona a cada individuo por el simple hecho de compartirlo. Pues bien, tal realidad era entendida por Pablo como vivencia del pecado. Supone, en efecto, que su fuerza se posesiona de la persona tan pronto como esta se adentra en el mundo. Y esto, ¿acaso no es cierto? ¡Por supuesto que sí! Pero debe trasvasarse a nuestra forma actual de pensar. Haciéndolo, se tarda poco en constatar que el pecado es la propia limitación encarnada en cada persona. ¿Quién no acusa sus envites? Todos compartimos los límites impuestos por la evolución, lo cual, vertido en módulos religiosos, se entiende como vivencia del pecado. Siendo así, nadie se sabe libre de él. Pretenderlo sería tan absurdo como aspirar -siendo limitados- a vivir en plenitud. Tal meta solo podrá alcanzarse cuando culmine nuestro propio proceso evolutivo (=muerte / resurrección). Ahora bien, ¿es culpable el hombre de ser limitado? Nadie osaría suscribirlo. De hecho, los niños ya acusan, al nacer, la presencia de ese pecado, entendido como limitación existencial. Y por ello ¿osaría alguien afirmar que tales niños deban verse como culpables?

Todo individuo es, por tanto, pecador. Mas ello no se ha de entender como denigrante. ¿Acaso es trágico compartir los límites de un mundo que continúa haciéndose? ¿Quién no pacta, de hecho, con la limitación? Solo así se explica que el apóstol, aludiendo a Jesús, lo suponga inmerso también en el pecado (2Cor 5,21; Rom 8,3). Mas tal pecado queda exento de culpa, mientras la persona no entre en conflicto con la Ley (Rom 7, 7). Y esta solo obliga tras adquirir el uso de la razón. Ello no impide, sin embargo, que desde mucho antes se esté viviendo ya el pecado. Este se mueve, por tanto, en un plano donde -al menos en un principio- no tiene acceso la culpa. Solo así se explica que un recién nacido, al adentrarse en la limitación, encarne ya la vivencia del pecado sin que por ello se le pueda tildar de culpable. El pecado va, pues, por un lado y la culpa por otro. Esta ¿dónde debe buscarse? Para hallar la respuesta, es inevitable adentrarse en el plano de las transgresiones.

### *2.2. Ser transgresor: el peso de la culpabilidad*

Las transgresiones entran en juego cuando la persona se enfrenta a la ley. Si esta faltara, ¿acaso se podría transgredir? (Rom 4,5). Pablo es tajante al respecto: se sabe transgresor cuando quebranta alguna norma concreta (Rom 7,7-25), en tanto constata su incapacidad de observarlas a todas de

forma integral. Por más que lo anhele, jamás lo consigue. Y ello le provoca una desazón cuya causa, en principio, desconoce. Solo la descubre al adentrarse en el ámbito del pecado, el cual no cesa de frenarlo siempre que intenta ajustarse a las exigencias de una ley que él considera “santa” (Rom 7,12). Lo mismo ocurre con el resto de los humanos. Cada individuo, al tomar conciencia de su libertad, se sitúa ante un conjunto de leyes llamadas, en principio, a regular su existencia. Sin su ayuda, su propia limitación lo arrastraría al caos. Siendo tal, ¿cómo no celebrar la presencia de la ley? Y así lo hacemos todos, tratando de ajustarnos a cuanto ella nos ordena.

Sin embargo, la experiencia atestigua que nadie lo logra de forma plena. Y es comprensible, ya que existe un claro desnivel entre lo que queremos y lo que podemos. Esto, ¿a qué es debido? El apóstol responde: ¡al pecado! Al poner este un freno desde dentro le resulta al hombre inviable la observancia integral de la ley. Tal situación se traduce en angustia. De hecho, por una parte, afirmamos que la ley es dada para que el hombre la cumpla, y por otra este se sabe incapaz de lograrlo. ¿Dónde buscar el fallo, en el hombre o en la ley? Es obvio que esta, teniendo a Dios por autor, no pueda cometer torpezas. Solo resta, pues, una alternativa: es el hombre quien, al saberse frenado por su vivencia del pecado, se queda a medio camino. Y, al no cumplir cuanto prescribe la ley, se torna sin más transgresor. De tal baldón, nadie se libra.

Ahora bien, las transgresiones hacen que al hombre le duela verse frenado por el pecado. Este, hecho limitación, lo bloquea desde un principio, aunque tal bloqueo carezca entonces de connotación moral. Es simple efecto de sus propios condicionantes. Todo ello es muy cierto. Pero, aun así, quien se siente transgresor, ¿puede evitar la congoja? Y esta se acentúa conforme se va quebrantando con más frecuencia las leyes. Cierto que tales transgresiones fluyen más de la debilidad que de la malicia. Al ser esta necesaria para que germine la culpa, cabe preguntar: ¿es culpable el hombre cuando sus condicionantes internos le impiden cumplir toda la ley? Ser débil no es un baldón. Por eso un sinnúmero de transgresores inspiran más lástima que reproche. Siendo así, ¿queda el hombre exento de culpa? ¡En modo alguno! Si tal fuera ¿qué sentido tendría el acto redentor? Pablo es consciente de que el ser humano carga con una culpa moral de la que solo la ayuda divina puede liberarlo (Rom 3,23). En el fondo, todo individuo se sabe culpable ante Dios (Rom 3,19). Por ello respira aires de muerte (Ef 2,1). Ahora bien, ¿dónde anclar su culpabilidad? ¿en el pecado? ¿en las transgresiones? ¿dónde? Se impone encontrar la respuesta.

### 2.3. Ser culpable: el peso de la presunción

Cada persona, conforme va quebrantando la ley, contraviene los designios del legislador, el cual puede infligirle por ello un castigo. El apóstol aplica este principio a la *ley mosaica*, por ser ella la que cataliza sus reflexiones. Nosotros en cambio podemos aplicarlo a la *ley eclesial*, pues nos comprometemos a regular por ella nuestras vidas. Basta abrir los ojos para constatar que con frecuencia quebrantamos tal ley, sin que tampoco nos falten sanciones. Mas el problema estriba en precisar hasta qué punto el transgresor de la ley divina, hoy lo mismo que ayer, es realmente culpable. La temática, vista desde la reflexión paulina, se antoja bastante compleja. Y es que la transgresión, ¿acaso no viene inspirada por la vivencia del pecado? Siendo este a su vez fruto de la limitación



compartida, ¿qué puede hacer el hombre para liberarse de él? Por más que lo intente, siempre acaban fallándole las fuerzas. ¿Dónde descubrir, pues, su presunta culpabilidad?

Ya hemos consignado antes cómo toda transgresión es, en el fondo, producto de la debilidad, la cual hace que cada persona tome conciencia de sus propios límites. Media, por tanto, un vínculo muy estrecho entre la transgresión (debilidad) y el pecado (limitación). Tal nexos hace que el individuo, cuantas veces quebranta la ley, deba clarificar su actitud ante ella. Y existen, al respecto, dos alternativas:

1ª La de cuantos lamentan su transgresión, por más que se sepan incapaces de evitarla. Aun intentándolo multitud de veces, no consiguen controlar sus actos, quebrantando lo legislado. Quien tal hace, paga con ello tributo a su debilidad, impuesta por los condicionantes de un mundo en proceso evolutivo. ¿Culpa? No

2ª La de cuantos, lejos de lamentar su transgresión, se atreven a despreciar la ley. Tal comportamiento quizá no responda a una actitud reflexiva y razonada. Pero puede muy bien ajustarse a un planteamiento de vida que incita a actuar como si no existiera ninguna ley. En tal caso, las transgresiones ofenden al legislador. ¿Culpa? Sí.

En realidad, nadie tiene derecho a despreciar la normativa impuesta por el creador. Pero la culpa estriba, no tanto en quebrantarla, cuanto en gloriarse de su transgresión. ¡Cuán nefasta es la arrogancia! Por otra parte, ¿cómo no ser tolerantes con quienes se regulan por la primera alternativa? Esta invita a suscribir que el transgresor, al compulsar su propia debilidad, anhela jugar limpio con Dios, cuya hegemonía jamás deja de acatar, por más que con frecuencia quebrante alguna de sus leyes o normas. En casos así, ¿por qué sentirse culpables? La culpa solo emerge cuanto la divinidad es rechazada. ¿Tal como el mito bíblico supone ocurrido en el paraíso? Quizá sí. Pero, siendo más explícito, me atrevería a afirmar que así ocurre cuantas veces se rinde culto al egoísmo, el cual nunca pacta con un Dios que es amor.

Tal criterio, aunque en teoría parezca claro, deja de serlo cuando se lleva a la práctica. Sin embargo, al menos ayuda a que muchos transgresores se evadan del ícubo de la culpabilidad. Y es que, aunque transgredan, más que verdugos, son víctimas de su propia limitación. Su vivencia del pecado los induce a adoptar posturas que jamás cesan de lamentar. ¡Esa es la auténtica tragedia del hombre! Ahora bien, de tal realidad, ¿no existe forma de liberarse? Pablo brinda pistas al respecto, dejando ante todo claro que nadie cuenta con fuerzas suficientes para erradicar su limitación. Pero no por ello ha de sumirse en la angustia y el desespero. Todo creyente sabe muy bien que Dios se encarnó en Jesús para ofrecernos su ayuda. Pues bien, en ella debe buscarse el camino que conduzca a la auténtica liberación.

### 3. LIBERACIÓN DEL PECADO

Dios creó al hombre para que, aun siendo el rey de toda la creación visible, aceptara los límites impuestos por su condición de criatura. Sin embargo, la historia es un libro abierto donde se consigna su continuo rechazo de Dios, lo cual genera en las personas (fruto de su presunción) un sentimiento de culpa. Es lógico que el ser humano quisiera liberarse de tan angustioso lastre. ¿Pero cómo? Él solo



es incapaz de lograrlo. Ello le hace suspirar por una ayuda de fuera que ponga fin a ese poder caótico (pecado), que le induce a quebrantar las leyes impuestas por la divinidad o -en su nombre- por una determinada institución religiosa. Sus reiteradas transgresiones lo enfrentan a Dios. Podría alegar, en descarga propia, el peso de su debilidad. Mas, ¿lo hace? He ahí su gran problema.

Quizá su fallo radique en que, aun sabiéndose débil, se empeña en comportarse como si le desbordara la fortaleza. Tal es la actitud que el mito bíblico asigna a Adán, cuya culpa estribó en que, lejos de aceptarse como creatura (debilidad), decidió actuar cual si fuera un dios (fortaleza) (Gn 3,5). Tan obtusa pretensión, ¿no clamaba por un correctivo? Y lo recibió, tal como atestigua la historia. Esta demuestra, en efecto, cómo cada persona ha de enfrentarse a su propia angustia, viéndose así privada de esa felicidad que Dios le infundiera al colocarla en la cúspide de su creación. Siendo tal, lógico es que el hombre se debata entre la desazón y el desencanto. Y nada ansía tanto como poner fin a su tragedia, pues solo así alcanzará la paz. Mas para ello precisa una ayuda externa con fuerza para liberarlo. ¿Liberarlo, de qué? Pablo tiene pronta la respuesta: ¡del pecado! Ahora bien, este, ¿cómo es vivido este en cada individuo? Solo despejando esta incógnita, se podrá programar su erradicación.

### 3.1. Liberarse, pero ¿de qué?

Ya expuse antes cómo la experiencia atestigua que ni un solo individuo acepta en verdad a Dios. No dudo que alguien objetará: “Eso es falso, pues yo jamás lo he rechazado”. Tal alegato sin duda transpira honradez. Mas, aun así, no me retracto de lo dicho. Y es que, nadie se acepta tal como en realidad es. Y, al no aceptarse a sí mismo, ¿no está implícitamente rechazando a Dios que lo ha creado así? Entiendo que a más de un lector estos últimos asertos no lo queden del todo claros. Trataré, pues, de proyectar sobre ellos, aunque solo sea un diminuto rayo de luz, apelando de nuevo a un símil.

Puedo garantizar que, al analizarme por dentro, descubro en mi interior necesidad, torpeza e indefensión. Suscribo, pues, mi propia insignificancia. ¿Pero qué ocurre si, al ir por la calle, alguien me llama “necio”? Sin duda me hervirá la sangre. ¡Absurdo! Si yo asumo mi propia necedad, ¿por qué me aíro si alguien me la recuerda? La explicación solo puede ser una: en mi autoanálisis, me acepto como “necio”, pero no *desde la vida*, sino solo *desde la mente*. Y tal aceptación carece de eficacia. Únicamente si los humanos nos aceptáramos (*desde la vida*) tal como realmente somos, desaparecerían las guerras, los celos, las rivalidades y las envidias. Su sola presencia atestigua nuestra propia no aceptación. Y, al no aceptarnos como somos, ¿no estamos rechazando a Dios que nos hizo así? En esto consiste la vivencia del pecado (Rom 7, 11).

El apóstol, al pulsar su situación personal, constata que, en el fondo, solo puede gloriarse de su propia flaqueza (2Cor 12,5.9). Y tal es, a mi entender, el punto de arranque para optar a esa liberación que todos quisiéramos adentrar en nuestras vidas. En realidad, no nos aceptamos tal como somos. Y ello va salpicando nuestra debilidad (ser pecador) con tal carga de presunción que nos incapacita a cumplir cuanto Dios nos ordena (ser transgresor). Nuestro problema vital no viene planteado, pues, por el pecado en sí (somos débiles) ni tampoco por la transgresión en sí (quebrantamos la ley). Nuestra tragedia estriba en que, aun siendo como somos y actuando como actuamos, nos aferramos



-quizá desde el silencio- a nuestras irrefrenables ansias de grandeza y poder. Y ello solo puede generar presunción.

Al encarnarla, nuestra debilidad cede paso a la malicia, rompiendo ese equilibrio creacional que clama por acatar los designios divinos. El ser humano, comportándose así, convierte en culpa su limitación. Es decir, arroja con la arrogancia su debilidad de criatura. Y ello lo enfrenta a Dios. Tal es, en el fondo, la raíz de esa culpa que todos quisiéramos erradicar. Conforme ella nos atenaza, va abrumándonos cada vez más el peso de ese pecado que - en principio - era simple secuela de nuestra limitación.

Tal vivencia es compartida por todos los seres humanos (Rom 3, 21). Nadie se libra, en efecto, de esa rebeldía interna que lo impulsa a situarse donde le dicta su arrogancia, la cual rehúsa acatar el designio divino. Por eso el hombre, al abusar de su libertad, acaba rindiendo culto a su ego. Y tan osada actitud lo deja a merced del pecado. Al encarnarlo, trueca su auto aceptación en rechazo. Quien tal hace, yace sin más en la angustia.

Ningún ser humano es tan estúpido que no desee vivir en paz. Y sabe que, para lograrlo, debe reanudar ese diálogo con Dios que él absurdamente truncara. Pero tal diálogo le seguirá resultando inviable mientras dé pábulo a su egoísmo. Este a todos nos aterra, pero ¿cómo liberarnos de él? Pablo marca pautas al respecto.

### *3.2. Teología de la esperanza*

El hombre se siente muy incómodo mientras lo atrapa su angustia. Nada anhela tanto como ahuyentarla. ¿Pero cómo? Solo lo logrará si se acepta como es. Esto, aunque en teoría parezca fácil, en la práctica no lo es. ¿Motivo? Muy sencillo: para lograrlo, debería ajustar antes su vida a una nueva escala de valores, donde no tengan cabida el orgullo, el egoísmo, los celos, las envidias, la lujuria, la codicia... Solo entonces, conseguirá su aceptación.

La experiencia atestigua que tal cometido desborda las posibilidades del hombre, por no ser capaz de domeñar sus propios vicios. Únicamente podría lograrlo si contase con la ayuda divina. Pero mal podrá recibirla mientras siga dando la espalda a Dios. ¡Cuán trágico es su sino! El ser humano se halla en un intrincado laberinto del que no sabe cómo salir. Su vida se traduce en un querer y no poder que lo va desangrando por dentro. ¿Qué hacer? Para machacar su arrogancia (ella es la causante de tan ominosa situación), debe solicitar el apoyo divino, que Dios jamás le rehusará. De hecho, Pablo, para evitar equívocos al respecto, certifica que Dios siempre atiende las súplicas del hombre, aunque este siga aferrándose a su presunción. La historia se va, en realidad, trenzando con ofertas divinas y rechazos humanos.

Dado que para muestra basta un botón, el apóstol se fija en la andadura del pueblo elegido, el cual - por más que Dios se empeñara en mimarlo- jamás cesó de aferrarse a su propia obstinación. De hecho, ¿por qué empeñarse en cumplir *toda* la Ley si para ello se precisaban unas fuerzas que nadie poseía? La Ley debía verse más bien como una ayuda divina para que el hombre -al constatar su debilidad (es transgresor)- se apoyara en la grandeza divina. Y ¿qué hizo el supuesto pueblo elegido? ¡Apoyarse en sus propias fuerzas! ¿Acaso no era consciente de su flaqueza? En teoría, sí. Pero en la

práctica se obstinó en actuar como si le sobrara fortaleza. Tal porte es la más lograda expresión de arrogancia. Y fue esta la que le hizo brotar su sentido de culpa. Ello explica que el ser humano nunca cese de transpirar rencor, egoísmo, envidia... y cuantos portes le cierran las puertas a su auténtica liberación. ¿Qué hacer? Todo menos apostar por el desespero. El apóstol no se harta de apuntar soluciones. Y todas giran en torno al mismo tema: ¡lanzarse en brazos de Dios! Es decir, solo meciéndose en su regazo conseguirá el hombre verse libre de su angustia.

No hay, por tanto, motivo para el desánimo. Pablo se afana en garantizar que Dios jamás ha cesado de tender sus brazos al hombre ¿Cómo? Con ofertas que lo vayan desenredando de sus propias redes. Tales ofertas van dirigidas a toda la humanidad. Nadie puede, por tanto, escudarse en un supuesto olvido divino. El apóstol muestra cómo los paganos (Rom 1, 18-22), los judíos (Rom 2,1 - 3,8) y los cristianos (Rom 3, 21-31) comparten por igual el inagotable arsenal de las ofertas divinas. ¿Qué hacer? ¡Aprovecharlas! ¿Así de sencillo? ¡Así!

El hombre puede y debe albergar la ilusión de poner fin a su tragedia. Cierto que tanto el pecado (ser limitado) como la trasgresión (ser débil) no cesan de constreñirlo. Mas, aun así, puede vivir feliz, si consigue sacudirse el yugo de su culpabilidad. ¿Cómo? Aniquilando su arrogancia. Aun siendo cierto que jamás lo conseguirá con su solo esfuerzo, cuenta - ¡qué claro lo ve Pablo! - con la ayuda divina. Y, para recibirla, solo tiene que solicitarla. Esta visión paulina del hombre, ¿acaso no abre de par en par las puertas a la esperanza?

#### **4. CONCLUSIONES**

La tradición cristiana, en su afán de ayudar al creyente, ha cometido bastantes torpezas. Ello poco debería sorprender, dado que todo ser humano almacena debilidad. Y esta, ¿no puede inducir a errar estrategias? De tal riesgo tampoco están exentos ni los teólogos ni los jerarcas. Si alguien lo cuestiona, que consulte a la historia. Esta atestigua que en el cristianismo no siempre se han fijado de forma correcta las lindes que median entre el pecado y la transgresión. Y ello ha motivado que la segunda acabara cediendo todo el protagonismo al primero. Lo ilustro con un ejemplo. El penitente, al acercarse al sacramento de la reconciliación, dice hacerlo para confesar sus pecados. Pero, en realidad, de lo que se acusa es de cometer transgresiones. Lamenta, en efecto, haber quebrantado determinadas veces no sé cuántos mandamientos. Quien tal hace, es transgresor. Sin embargo, se auto presenta como pecador.

La teología paulina ofrece pistas muy valiosas para clarificar este punto. Y lo hace fijando una clara diferencia entre el "pecado" (*hamartía*) y la transgresión (*parábasis*). Esta, al vincularse con actos concretos, por fuerza se ha de cometer. En cambio, el pecado, al asociarse con las actitudes, solo se puede vivir. Ojalá lográramos traducir a catequesis tan oportuna diferenciación. De hacerlo, acaso se lograse superar esa psicosis de pecado que sume en la postración a un sinnúmero de creyentes.

Pablo, aun asumiendo la cruda realidad del pecado, invita ante todo a pugnar por una gratificante liberación. Para él es preferible anhelar "sís" que lamentar "noes". Si bien lo erige en centro de sus reflexiones, invita, no tanto a enfrascarse en él, cuanto a verlo como inevitable. Mas no tiene por qué inspirar terror. El hombre solo debe temerse a sí mismo. En realidad, es su actitud arrogante la que bloquea su diálogo con Dios. Y en ello ha de buscarse la raíz de esa frustración que, por inercia,



tendemos a asociar con el pecado. Este debe situarse en su correspondiente plano: ni más alto ni más bajo. Para conseguirlo, nada mejor que trazar con claridad la línea que media entre la *limitación* y la *culpabilidad*.

#### 4.1. El pecado como limitación

Todos nos sentimos cercenados por nuestra limitación. Ciertamente así lo exigen las leyes del proceso evolutivo. ¿Pero puede el hombre no sufrir viendo cuán pronunciada es la sima entre cuanto le sugiere su mente y cuanto le permite su limitación? Tal desazón, que suele dar paso a la angustia, le hace pulsar su pequeñez. Por otra parte, su mente no cesa de ofertarle quimeras. Y, al tratar de llevarlas a la práctica, siempre acaba chocando con su endeblez existencial.

Ya consigné en su momento que, no por hurgar en el pecado, se logrará saber lo que es. A lo sumo puede aspirarse a vislumbrar lo que *no* es. Quien tal consigue, se libera de numerosos traumas, provocados por haberlo situado donde no le corresponde. En el fondo, el pecado continuará siendo el gran desconocido. Al tratar de amarrarlo de cerca, siempre se nos acaba escurriendo. Esto es inevitable. Mas, aun así, vale la pena fijar criterios para entender cómo, en cuanto limitación, no tiene por qué aterrarnos.

-La vivencia del pecado es compartida por cuantos conformamos la historia humana. Todos vamos, de hecho, asentando en nuestras vidas a ese Adán que el mito bíblico ubica en el paraíso. Y a su vez nos sabemos inmersos en la vorágine de una evolución, cuyas leyes no podemos alterar. Los límites impuestos por ella nos obligan a vivir en una situación angustiosa, que todo creyente conecta por inercia con la presencia del pecado. Tal vivencia es instintiva antes de alcanzar el uso de la razón. Y se hace consciente después.

-El hombre, mientras vive el pecado desde su inconsciencia, no se alía con la culpa, pues se limita a compartir -desde una perspectiva humana- los límites de la evolución. Su problema comienza una vez que, al despertar su inteligencia, va tomando conciencia de quebrantar las leyes y las normas impuestas (no importa el modo) por el creador. Y es que la experiencia atestigua que nadie se ajusta por entero a sus designios. Por eso todo individuo, además de vivir el pecado, se va haciendo experto en cometer transgresiones.

-La transgresión, en cuanto tal, es producto de la debilidad. Por eso nadie consigue evitarla por entero, lo cual es del todo comprensible. De hecho, para cumplir toda la ley, sería preciso que el proceso evolutivo hubiera antes llegado a su fin. Mas esto, ¿cuándo ocurrirá? Nadie lo sabe. Lo único cierto es que, mientras no suceda, los humanos seguiremos transgrediendo leyes, cuya observancia integral nos exigiría unas fuerzas que no poseemos. Consuela, sin embargo, saber que las transgresiones se limitan, en principio, a realzar la debilidad de quien las comete. Más no.

De todo ello se infiere que cada individuo, mientras siga encarnando el pecado, difícilmente estará inmune a la transgresión. Mas su gran problema estriba en no aceptarse como es. Ahí es donde se incuba su sentimiento de culpa - ¿quién se ve libre de él? - que lo sume en un pozo de angustia.



### 4.2. El pecado como culpa

El proyecto creacional exige, en efecto, que nos ajustemos a los límites impuestos por la evolución. Sin embargo, la experiencia atestigua que *todos* nos comportamos como si en realidad no existieran. Un porte así no puede por menos de generar presunción y arrogancia. Y ambas ¿están acaso exentas de culpa?

- El drama humano se va configurando en el auto rechazo de cada individuo. Y no se trata, por supuesto, de una aceptación teórica, pues ella jamás ha planteado el menor problema. Este aflora tan pronto como el rechazo incide en el plano de la vida. Ahí es donde debe buscarse la causa de su desazón. ¿Puede acaso el ser humano mantenerse impávido al constatar que su porte arrogante, en el fondo, lo está enfrentando nada menos que a Dios?
- El pecado solo se erradicará cuando el proceso evolutivo llegue a su fin. Siendo así, ¿tiene sentido ensañarse con él si -de una u otra forma- siempre hemos de llevarlo puesto? Lo sensato sería esforzarse para que su presencia nos lastime lo menos posible. Y, hecho esto, buscar la mejor estrategia para exterminar nuestro sentimiento de culpa. Si, al intentarlo, nos faltan fuerzas, sabemos que Dios está pronto a ayudarnos, sobre todo a través de la energía (gracia) que emana del acto redentor de Jesús.
- La culpa sigue enraizada en el mundo, ya que quienes lo habitamos nunca conseguimos auto aceptarnos. Y es ese rechazo el que infunde a nuestras transgresiones una dimensión moral (culpabilidad), que no cesa de intensificar nuestra desazón a nivel de existencia. Ella es producto, no tanto de transgredir leyes concretas, cuanto de hacerlo desde un auto rechazo que nos sitúa de espaldas a Dios. Porte tan estúpido por fuerza ha de rezumar malicia.

¿Cómo ahuyentar nuestra arrogancia? Tal es la pregunta que todo creyente debería formularse. Quien lo hace, tarda poco en convencerse de cuán limitadas son, al respecto, sus fuerzas. Y, al analizar su propio desvalimiento, ve que sólo lanzándose en brazos de Dios podrá contar con la ayuda necesaria para poner fin a su caos. Pablo no se harta de reiterar que Dios siempre está ávido de ayudar a quien solicite su apoyo. Solo que -dato de experiencia- el hombre se resiste a hacerlo. Cuando lo consigue, constata cómo se le va aliviando el peso de ese pecado que, azuzado por su sentimiento de culpa, no cesa de generarle angustia.

**SOBRE EL AUTOR: P. ANTONIO SALAS, OSA**

Antonio Salas, OSA (Palma de Mallorca, 1937) tras ser ordenado sacerdote (1960), adquirió los siguientes títulos académicos: Licenciado en Sagrada Teología por la Universidad de Santo Tomás (Roma), Elève Titulaire por l'École Biblique (Jerusalén), Doctor en Ciencias Bíblicas por la Pontificia Comisión Bíblica (Roma). Ha sido profesor en los siguientes Centros: Universidad Comillas, Escuela Bíblica de Madrid, Seminario Conciliar de Madrid, Universidad Saint Louis y "Cetesa". Ha ostentado los siguientes cargos académicos: director de la Escuela Bíblica de Madrid (48 años) y director de la revista "Biblia y Fe" (29 años). Ha publicado unos 30 libros, todos ellos de contenido teológico-bíblico.